

pellizas de honor y haberse inclinado ante el trono por categorías.

Miéntras descansaban los visires fuera del salon de la audiencia, sobre los sofás preparados en el patio de mármol para los gentil-hombres, los empleados subalternos que habian figurado en esta funcion fueron tambien revestidos de caftanes.

« A la salida de esta ceremonia, los visires dejaron el palacio y el gran visir montó el caballo que le habia enviado el sultan, cuyos arneses de oro esmaltado habian sido evaluados en cien bolsas de plata. Con motivo de la circuncision del hijo del gran visir, los cuatro jóvenes príncipes enviaron á este último caballos lujosamente enjaezados,

« Así terminó el acto solemne de la circuncision que siguiendo el ejemplo de Abraham, era un deber para todo musulman; pero ya habia pasado el tiempo en que el sultan podia invitar al dux de Venecia, y al emperador á asistir en persona á esta ceremonia. »

Tanta magnificencia despues de tantos reveses; daban testimonio de la decadencia griega y del orgullo musulman. La peor de todas las decadencias, porque es la del alma, es no conocer su declinacion. La paz del imperio no era bastante gloriosa para permitir á Achmet III y á su ministro el gozar de ella con dig-

nidad; bajo sus delicias se ocultaba el remordimiento, y la humillacion bajo su felicidad.

## XIII

Estos años de paz fueron empleados en el embellecimiento de la capital, en construccion de jardines, canales y mezquitas, que acabaron de convertir las dos orillas del Bósforo en la Babilonia del Oriente. El embajador otomano Mohammed-Effendi, que habia firmado el tratado de Passarowitz, y que de allí habia sido enviado en comision á Francia, trajo los informes, los planes y las pinturas del palacio de Versailles, de Marly y de Fontainebleau, magnificencias que el gran visir procuraba transportar allí, apropiándolas á los lugares y á las costumbres, en las colinas y en los valles de Constantinopla. El *Libro de las Bodas*, retrata, como los monumentos de la grandeza otomana, los prodigios de estas construcciones y el lujo que Ibrahim ofrecia continuamente á su señor para calmar su inquietud de espíritu, y para hacerle gozar de la paz con estos placeres. Este ministro, aunque joven, parecia haber comprendido por tantos contratiempos sucesivos, que el genio de la

guerra abandonaba á los musulmanes, y que él no creía necesario ya de probar la fortuna que tan constantemente le habia sido adversa. El esplendor de estos edificios, de estos jardines, de estas fiestas, imitacion de Luis XIV bajo Achmet III, da al fin de este reinado un lustre que el *Libro de las Bodas* ha conservado en la historia. Ibrahim mandó construir á la entrada del Cuerno de Oro, sobre un escollo destacado de la costa de Asia, la torre de Leandro, en lugar de un faro de madera que habia devorado un incendio. Una tradicion popular de los griegos colocaba en este escollo, la escena de los amores y de la muerte de Hero y Leandro. Otra tradicion turca referia, que una princesa, hija de un emperador de Bizancio, á quien los oráculos profetizaban que moriria de la picadura de un aspid, habia sido educada y encerrada allí por su padre, defendida por las olas para librarla de la funesta suerte que se le habia vaticinado; pero una serpiente oculta en un canastillo de frutos, presentado á la jóven habia verificado fatalmente la prediccion.

Él tambien embelleció con árboles, fuentes, kioskos y bancos de mármol sombreados por plátanos magestuosos, el valle melancólico de las *aguas dulces* de Europa, esta Tempé de Constantinopla. Tambien mandó construir para la sultana, el palacio asiático de Kiaghadkhané, y por un canal de mármol de mil

codos, condujo las *aguas dulces* de Asia para que serpentearan y murmuraran, lamiendo los muros de este palacio de campo. Las cascadas artificiales, copiadas de las de Versalles y Saint-Cloud, refrescaban el aire que respiraban las sultanas. La inauguracion de este palacio, ofrecido por el gran visir á Achmet, fué ocasion de pompas y fiestas, que menciona la historia por su novedad.

Del tiempo del suntuoso visir datan las iluminaciones de las grandes mezquitas, imitando las de San Pedro de Roma, durante las noches del ramadhan, por medio de grandes semicírculos de hierro, guarnecidos de lámparas, llamadas *lunas*, porque por la noche imitan las medias lunas resplandecientes, que coronan los alminares y las cúpulas.

Tambien bajo su administracion se estableció el uso de las fiestas de lamparillas y tulipanes que se celebraban todas las primaveras en el jardin del serrallo ó en uno de los palacios imperiales situados en una de las orillas del Bósforo. Era costumbre en estas fiestas, iluminar los cuadros de tulipanes, con lamparillas en vidrios de diferentes colores, de suerte que las partes sombreadas de las flores, reflejándose en las luces, parecia que ardian como ellas, y las luces como un nuevo cuadro de tulipanes. Así, la magnificencia de las iluminaciones que tenian lugar en

la antigüedad en Sais, se vió trasportada al cabo de tantos siglos de las márgenes del Nilo á las orillas del Bósforo.

La mas brillante de todas estas fiestas de tulipanes y de todas las iluminaciones que jamás haya dado un visir á un sultan, fué la que Damad-Ibrahim ofreció á Achmet III en su palacio de verano de Beschiktasch en presencia de sus numerosos hijos, de sus madres y de sus favoritos. A esta fiesta asistieron el sultan, cuatro de sus hijos, Suleiman, Mohammed, Mustafá y Bayezid, siete princesas hijas suyas tambien, Umm Kulsum, Kadidjé, Aatiké, Saliha, Aisché, Rabia y Seineb; la sultana, madre de los cuatro príncipes que acabamos de nombrar, y las madres de los príncipes muertos en edad temprana; las cinco sultanas, esposas legítimas de Achmet III (su primera, segunda, tercera, cuarta y quinta mujer); otras ocho sultanas, diez y seis esclavos confidentes de los sultanes y diez confidentes del gran señor. Entre los grandes oficiales de la córte interior, llamaba la atención el kishlar-aga, el talí, el primer ayuda de cámara, aquel que tiene el estribo, el jefe de la primera cámara de los pajes, el kiaya de los baltadjis, el guarda-manteles, el secretario del kishlar-aga, el jefe de los cafeteros, el ayudante de las caballerizas imperiales; entre todos sesenta personas, sin contar al

sultan. Todos recibieron del gran visir regalos que consistieron ya en piedras finas y chales, ya en ricas telas y en oro.

Gracias á estas fiestas, celebradas tan frecuentemente, la pasion de las flores fué el gusto dominante del pueblo, hasta tal punto, que bien pronto excedió el número de los que cultivaban los tulipanes en aquella época en Francia y en los Países Bajos. Entónces se vieron aparecer en Europa tratados voluminosos sobre el cultivo de esta flor. En Constantino-  
pla se creó un nuevo empleo, el de *maestro de las flores*, cuyo diploma, ornado de rosas doradas y flores de diferentes colores, se concluyó con estas palabras que nos pueden dar una idea del estilo florido de los orientales. « Ordenamos que todos los horticultores reconozcan por jefe suyo al portador del « presente diploma; que sean en su presencia todo « ojos como el narciso, todo orejas como la rosa, que « no tengan diez lenguas como la azucena, que no « transformen la lanza puntiaguda de la lengua en « una espina de granado, mojándola en la sangre de « palabras indecorosas; que sean modestos y tengan, « como el boton de la rosa la boca cerrada, y no hablen ántes de tiempo como el jacinto azul, que es- « parece sus perfumes ántes de desearlo; en fin, que

« se inclinen modestamente como la violeta, y que  
« no se muestren pertinaces. »

El gran visir, arrostrado por su afición á las fiestas, habia renovado tambien la moda de los festines y de las cabalgatas, que el gran visir Kiuperli el virtuoso habia puesto en boga, pero que despues habia caido en desuso. Es verdad, que el último gran visir habia pensado en hacerla revivir, pero el temor de los gastos que ocasionaria le habia hecho abandonar el proyecto. Al tercer dia de la fiesta del gran beiram, el aga de los genizaros dió en su palacio un festin suntuoso al gran visir; al levantarse de la mesa, Damad-Ibrahim volvió á la Puerta, escoltado por una cabalgata brillante y numerosa que por sus órdenes se habia reunido en el palacio del aga.

Pero las notables por su magnificencia fueron las fiestas celebradas con motivo de la primera leccion dada á los príncipes Mohammed, Mustafá y Bayezid. Se celebraron en el kiosko, llamado *de las Perlas*, colocado á la estremidad del serrallo, por la parte del mar (8 de octubre de 1721). Se habian levantado tiendas para el gran visir, el capitan-bajá, el muftí, el juez del ejército de Rumelia, el defferdar, y el reis-effendi. El primer y segundo iman del serrallo, Feizullah y Abdullah, fueron nombrados preceptores de los príncipes. Damad-Ibrahim vino al serrallo

seguido de todo su cortejo; entró por la puerta del jardin contigua al hospital, que hay en el primer patio del palacio imperial. El defferdar, el reis-effendi, el maestro de ceremonias y Raschid, historiográfico del imperio, á la cabeza de los oficiales de la córte, permanecian de pié, cada uno delante de la tienda que les estaba destinada. El gran visir saludó á los oficiales de la cámara interior, colocados delante del kiosko *de las Perlas*. Su saludo le fué vuelto por el maestro del saludo, que en todas ocasiones lo vuelve en nombre de aquel que lo ha recibido; porque, segun la idea de los orientales, el derecho de saludar corresponde á los superiores y no á los inferiores; por eso una asamblea faltaria á las primeras reglas de la etiqueta si quisiese saludar al sultan ó al gran visir. La política minuciosa del despotismo se extravía hasta tal punto, que aun en materia de saludos quiere dominar, se irrita con la iniciativa tomada por el pueblo en los recibimientos al soberano, y estableció un empleo para que el que lo ejerciese saludara á este último, segun la forma y el instante de antemano fijado para esto. Pero cuantas veces la voz del pueblo no ha traspasado los límites que le marcaba la etiqueta de la córte, y cuantas veces los gritos de júbilo y los de : *viva el padischah!* proferidos por los tschausechs del Estado, no han

sido sofocados por este sedicioso clamor : *No te queremos ya.*

En el momento en que el sultan llegaba al kiosko de las Perlas, el kishlar-aga Beschir y Damad-Ibrahim-Bajá, se apresuraron á ayudarle á bajar de su caballo, y le condujeron á la tienda dispuesta para recibirle. Inmediatamente Ibrahim, el muftí y el capitán-bajá, entraron en sus tiendas á comer, y los restos de su banquete sirvieron para el acompañamiento. Luego que se levantaron de la mesa, el cortejo pasó por la puerta del jardín, al segundo patio del serrallo, y entró en la sala de audiencia, donde los visires y ulemas se hallaban sentados en el banco de mármol, colocado en la parte exterior puerta principal. Apenas habia pasado un cuarto de hora, cuando se vió aparecer en la puerta de la Felicidad, que guiaba á la sala de la audiencia, á Mohammed, hijo mayor del sultan. El jóven príncipe vestido con una kapanidja, y llevando sobre el turbante un penacho de plumas de garza real adornado de diamantes, iba llevado del brazo por el khazinedar y del kishlar-aga, y dió á besar sucesivamente su mano á los visires, ulemas y ministros.

Cuando se presentaron los otros príncipes fueron recibidos por los tschauschs con repetidos vivas; despues los acompañaron hasta el kiosko de las Perlas,

en donde entraron con ellos el gran muftí, el capitán-bajá, el jefe de los emires, los dos jueces del ejército, el silihdar, el defterdar, el reis-effendi, el tschausch-baschi, el mayordomo mayor, el historiografo del imperio, el maestro de ceremonias, los dos relatores, el scheik de Aya-Sofía y el maestro del saludo. El sultan tomó asiento en el trono; á sus lados se sentaron sobre magníficos tapices, los príncipes, el gran visir, el muftí, el capitán-bajá, el jefe de los emires, los dos jueces del ejército y el scheik de Aya Sofia; el resto de la concurrencia permaneció de pié. Cuando hizo un signo Damad-Ibrahim, el scheik dirigió en lengua árabe, una corta plegaria á Dios, y el gran visir tomó en sus brazos al mayor de los príncipes y lo colocó en el tapiz tendido en frente del muftí; despues el silihdar puso, en medio de estos, un pupitre cubierto de paño de color de escarlata y el muftí comenzó á enseñarle las cinco primeras letras del alfabeto. Habiéndolas pronunciado el príncipe despues del muftí, Achmet III hizo señal á aquel para que besara la mano de este : pero el muftí se lo impidió, y le besó á su vez el hombro. La misma ceremonia se hizo con los otros dos príncipes. Luego que se retiraron, los grandes dignatarios, que habian recibido permiso para sentarse, fueron vestidos de pellizas de honor, y los ministros y oficiales de la

córte, á quienes la inferioridad de su rango los obligaba á permanecer de pié, recibieron caftanes.

Concluida esta ceremonia, los dos príncipes primogénitos obtuvieron de la munificencia del sultan un caballo ricamente enjaezado, y un Coran envuelto en un saco de tela preciosa. El historiógrafo del imperio, en la descripción detallada que hace de esta ceremonia, dice que el sultan, viendo los esfuerzos de los pajes, colocados detrás de los ministros y de otros oficiales de la córte, para enterarse de todo lo que se hacia, indicó por una señal á estos últimos, que hiciesen lugar á aquellos jóvenes. Este hecho caracteriza á Achmet III y recuerda la circunstancia en que el gran visir, durante la fiesta de la natividad del Profeta, se levantó para hacer lugar á los ulemas, oprimidos por el gentío, y llevó, con el juez del ejército, el tapiz del muffí delante del candelabro, después de haber invitado á adelantarse igualmente á los muderris. Así dió Ibrahim un testimonio público de la estimación en que tenia la sabia corporación de los ulemas. El deseo que tenia de serles agradables lo manifestó ulteriormente en muchas circunstancias; así se le vió asistir tres veces por semana á la escuela creada por él para la lectura é interpretación del Coran; cuando colocó á los jueces de Medina y de Damas en un rango superior al que

habian gozado anteriormente; cuando hizo al juez de la Meca superior á los de Constantinopla, Andrinópolis y Brusa, y á estos últimos superiores al juez de Damasco; en fin, dió una nueva prueba de su alta estimación elevando á la dignidad de juez de Alepo á Raschid, el historiógrafo del imperio, que nos ha servido de guía en esta historia por espacio de sesenta años, y confiando el empleo de este último, al sabio legislador Ismail-Aazim, apellidado Kutschuk Tchelebizade.

Mas dichoso que sus predecesores, cuyos hijos, á excepcion de uno solo que ocupó el trono, perecieron, siguiendo una antigua ley bárbara, por mano del verdugo, Achmet III, en los diez años de su reinado, habia sido padre de veinte y cuatro hijos é hijas, y la mitad de esta numerosa descendencia vivia todavía. Tres años habian pasado desde el día en que habia celebrado las bodas de tres de sus hijas y la circuncion de cuatro de sus hijos. En la época á que llegamos casó otras tres de sus hijas, Aatiké, Kadidjé y Umm Kulsum, la primera con Mohammed-Beg, la segunda con Alí-Beg, y la tercera con Ahmed-Beg, hijos de Tscherkés-Othman-Bajá. Pero en lugar de recibir cada una de ellas una dote de veinte mil ducados, como sus hermanas mayores, no recibieron mas que la mitad de esta suma.

Demasiado hemos tenido ya ocasion de describir las fiestas que se celebran en los casamientos de los príncipes y las princesas de la sangre otomana, para recordar las solemnidades á que dió lugar el de las tres princesas; sin embargo, el *Libro de las Bodas*, mas voluminoso que el de Wehabi, hace mencion de una circunstancia, tanto mas digna de mencionarse, cuanto que destruye una de las fábulas acreditadas de antiguo en Europa, sobre las costumbres del haren imperial. Se creia y se cree aun que el sultan, cada vez que se digna acordar sus favores á una de las esclavas de su haren, la arroja un pañuelo. Lo que ha dado origen á esta suposicion ha sido la costumbre de que la novia, al recibir de manos de su paraninfo los regalos de la boda, (regalo que se llama el signo honorífico ó *nischan* de los desposados), envíe á su futuro esposo un pañuelo, llamado el *pañuelo del nischan*, para demostrarle que ha recibido su presente de boda.

Cuando Achmet III no estaba distraido ni por las fiestas nupciales, ni por las de los tulipanes, ni por las pomposas solemnidades religiosas, como la de la natividad del Profeta, la visita del manto de Mahoma ó las procesiones de las dos fiestas del Beiram, empleaba su tiempo bien en hacer visitas al gran visir, cuya actividad le ahorra las fatigas del go-

bierno, bien inspeccionando el tesoro y el arsenal. En las frecuentes noches que el sultan pasaba en su casa, el gran visir acostumbraba ofrecerle confituras esquisitas; estas noches se llamaban *halwa*, que es necesario distinguir de las fiestas del *khalwet*, ó paseo de las mujeres del haren. Cuando se efectuaban estos paseos, era costumbre proclamar el *khalwet*, es decir, la soledad del haren. A los hombres se les obligaba á retirarse de las calles por las que debian pasar las mujeres y esclavas del sultan, sopena de recibir de los eunucos, sino la muerte, á lo ménos bastonazos y sablazos.

## XIV

Nunca dejó de asistir al arsenal Achmet III cuando debia de lanzarse al agua algun buque nuevamente construido; por eso, al botar el primer navío de tres puentes, que en aquella época salió de los astilleros de Constantinopla, sintió excitada vivamente su atencion. Sus visitas al tesoro no tenian mas objeto que recrear sus ojos con el aspecto de montones de oro y

plata acumulados por la discreta economía de Damad-Ibrahim-Bajá.

La paz llenaba las arcas del Estado y vivificaba la industria y el comercio. Ella era el pensamiento fundamental del reinado, y justificaba bastante con sus beneficios la memoria de Baltadji, acusado por los polacos y los suecos, de haber sido sobornado por el oro del czar. El gran visir Ibrahim no hacia mas que continuar este pensamiento de Achmet, cuyos frutos recogia el imperio.

Dichoso este, si las ventajas bien conocidas de la paz con la Rusia no hubiesen inducido al gran visir Ibrahim y al sultan Achmet, á una alianza tan inmoral y antimusulmana con el czar, como la que, por manos cristianas, produjo muy pronto el reparto de la Polonia! Querémos hablar de la coalicion de la Puerta y del czar contra la Persia. Dirijamos un momento nuestras miradas al reino de Persia que parecia predestinado en Asia como la Polonia en Europa, á una perpétua intermitencia de gloria militar y de anarquía civil.

## XV

El desmembramiento de la Persia, en provecho de la Rusia y de la Puerta, habia sido precedido por el espontáneo de este reino por los Afghanes, pueblo belicoso y feroz, cuyos jefes habian minorado el trono de Persia. Mahmud, hijo del primer usurpador Afghan, asesino de su tio Abdallah, se habia apoderado de Ispahan, capital arrancada por sus armas á Tahmasp, schah legitimo de Persia. Para acabar de un solo golpe con sus competidores al trono, Mahmud habia inmolado en una noche á todos los partidarios nobles y á tres mil guardias de corps del rey fugitivo. Ebrio de sangre, y acosado de remordimientos, Mahmud, por una de esas alternativas extremas de los caracteres violentos, se habia condenado á sí mismo repentinamente á prision y oscuridad perpétuas en una caverna de las montañas, para llorar allí sus víctimas é implorar con el ayuno el perdon de sus culpas. Esta penitencia en las entrañas de la tierra, semejante á la de Nabucodonosor, Elías y Cosroes, era antigua y frecuente en las Indias, en Persia y en

Judea. Pero estos anacoretas coronados, despues de haber pacido, como los animales, en los campos para alimentarse, salian á menudo de su retiro con pasiones ó arrebatos, sedientos de nuevos crímenes.

Tal fué Mahmud al dejar su caverna ; él mató por su propia mano á tres tíos, once hermanos y mas de cien hijos del desgraciado Schah-Hussein, cautivo suyo, condenado por el tirano á presenciar aquella carnicería. Una locura física se apoderó de él despues de esta desatinada ambicion; en sus accesos, arrancaba con los dientes pedazos de carne de sus propios miembros para devorarlos. Su primo Aschraf, bandido de la misma raza, lo mandó por fin atar y extrangular en el palacio de Ispahan. Tahmasp, nieto de Hussein, avanzó con un ejército de partidarios suyos contra Aschraf. Este usurpador, alarmado con la aproximacion de Tahmasp, envió á un embajador en Constantinopla para protestar contra las invasiones de los rusos y de los turcos en el territorio de la Persia y para solicitar la alianza de Achmet III.

La disension religiosa entre los turcos y los persas sirvió de pretexto á la Puerta para despedir al embajador y declarar la guerra á la Persia. Un nieto de los Kiuperli, Abdurrahman-Bajá, á la cabeza de veinte mil hombres, derrotó á los persas en las estepas de Moghan, próximas á Ardebil.

Durante estos reveses de Aschraf, el schah legitimo Tahmasp proponia por su parte una alianza á los turcos, y ofrecia pagarla cediendo una parte de las provincias septentrionales de la monarquia. Estas proposiciones fueron favorablemente acogidas por el divan, y sesenta mil hombres, mandados por el seraskier Ahmed-Bajá, alcanzaron en la llanura de Hamadan al ejército persa de Aschraf. Ahmed vencido se replegó con los restos de su fuerza á Bagdad. Una paz concluida entre Aschraf y los turcos en esta ciudad despojó á la Persia de Kermanschah, Hamadan, Ardellan, Tebriz, Tiflis, Erivan, Sultanieh, y una parte de la monarquía. A este precio, aunque vencedor de Achmet, compraba Aschraf el reconocimiento por el divan de su usurpado título.

El czar, entretanto, habia invadido por el mediodía y el norte las provincias persas inmediatas al mar Caspio y al Cáucaso. Era pues necesario, verificar una delimitacion fiscal de los territorios inmensos tan imprudente y odiosamente conquistados en Persia entre la Rusia y la Puerta. El general Alejandro Romanzoff, negociador hábil del tratado de division en Constantinopla, partió de esta ciudad con un plenipotenciario otomano, Mohammed-Dervisch-Aga, para trazar estos limites. La Francia, mezclándose políticamente en esta division, fué invitada á enviar un

comisario francés como árbitro de la delimitacion. Trazóse, y fué firmada para baldon y desgracia de los musulmanes el 23 de diciembre 1727. M. de Maurepas, ministro imprevisor de Luis XV, dirigia entónces los negocios exteriores, y no presentia las consecuencias desastrosas para el Oriente y el Occidente que habia de traer consigo aquella division de la Persia entre los turcos y la Rusia.

## XVI

La recepcion en el divan del embajador de Aschraf, que acababa de ratificar el tratado de Bagdad, ofreció al gran visir ocasion para desplegar la pompa con que se complacia en deslumbrar á la Europa y a Asia.

El día de la entrada del embajador persa Mohammed khan de Schiraz, se prohibió á las mujeres que se presentaran en las calles de Constantinopla. Todas las casas de aquellas por las que el cortejo debia pasar fueron reparadas y revocadas; los dorados del salon del divan imperial que corona la cúpula en que se sientan los visires, fueron restaurados; los balaustres

que unen la puerta central del serrallo á la de *la Felicidad*, es decir, á la del haren, fueron tendidas de paño escarlata.

Estos diversos embellecimientos hicieron dar al embajador persa el sobrenombre de *Khan revocador*. Dos funcionarios, muy versados en la lengua persa, de los cuales el uno estaba agregado á la cancillería de Estado, y el otro era secretario del divan, fueron nombrados, el primero mihmandar, y el segundo intérprete del embajador.

Durante su travesía de Scutari á Constantinopla, Mohammed-Khan pudo apereibir seis navíos de línea colocados entre Beschiktasch y Topkhané, nueve galeras entre la puerta de Karakœi y el depósito de aceite de Galata; otros siete navíos de línea estaban anclados en el interior del puerto, entre el arsenal y Constantinopla. Durante la travesía de Scutari á la aduana principal, los cañones de estos navíos y los de todos los buques anclados en el puerto tiraron mas de novecientos cañonazos el 3 de agosto de 1728. Al llegar á la aduana, el embajador fué recibido por el mariscal del imperio, que le ofreció de parte del gran visir un caballo magníficamente enjaezado. Abrian la marcha el capitan y el teniente de policia; detrás iban las tres clases de tschausch, los del divan, de los spahis, y de los silihdars, sus secretarios y procuradores,

los jefes de los cuatro regimientos de la guardia del estandarte, los coroneles de los genizaros, luego el embajador en un caballo con montura y jaeces persas; detrás de él conducian los esclavos siete caballos del diestro que no eran mejores ni mas vivos, dice el historiógrafo del imperio, que los caballos de madera del ajedrez; cuarenta ó cincuenta afghanes mal vestidos, armados con arcos ó carabinas cerraban la marcha.

El dia en que el gran visir le concedió la audiencia, la sala de recepcion habia sido decorada con un lujo extraordinario. La antecámara misma, llamada la sala de las *Esterillas* á causa de las que cubrian el pavimento, fué adornada con alfombras de Persia; las de la sala de audiencia representaban un cuadro de flores, resplandeciente de oro, perlas y sedería. A lospiés del gran visir, en el ángulo del sofá, reputado el asiento de honor, habia tendida una cubierta bordada con perlas; á su derecha se veía una cartera con piedras preciosas, y un tintero, cuyas esmeraldas y rubíes proyectaban la viva y pura luz que deben dar los buenos libros; á su izquierda habia un escritorio resplandeciente de pedrería, sobre el cual se hallaba un Coran, encuadrado con terciopelo negro, sembrado de brillantes. Entre las dos ventanas se veían otros diez y seis Co-

ranes, con encuadernaciones doradas y los estuches cubiertos de perlas; á los dos lados de la chimenea, sobre cinco pupitres, preciosamente trabajados, habia paquetes de pellizas, atadas con galones de oro.

A lo largo de la pared, entre la chimenea y el sofá, habia ocho péndulos puestos en sus pedestales y coronados por globos de cristal; mas de cincuenta libros preciosos se veían en estantes de un trabajo exquisito; dos enormes relojes y tres espejos adornaban el lienzo de pared, comprendido entre la chimenea y la puerta. Los camareros llevaban cinturones preciosos de los que pendian puñales y cuchillos con piedras incrustadas en los mangos. Los ministros de Estado, el *deftedar*, el *reis-effendi*, el *tschauch-schbaschi* y los subsecretarios de Estado, el *canciller*, los *relatores* y el *secretario del gabinete* rivalizaban en lujo; pero á todos los oscurecia el resplandor de los diamantes que adornaban los anillos, el cinturon el puñal y los broches del traje del gran visir. Resplandecia, dice el historiógrafo, y nadaba de los piés á la cabeza en un mar de perlas y piedras preciosas, de suerte que su aspecto realizaba el voto expresado por el saludo habitual de los otomanos: « Que la ayuda de Dios sea contigo. »

Despues que los *tschauchs* respondieron con esta exclamacion al saludo del gran visir, que recibió el

maestro de ceremonias en nombre de la asamblea, los siete visires de la cúpula, de los cuales cinco eran yernos del sultan, á saber, el hijo y los dos sobrinos del gran visir, y los otros dos yernos de este último, besaron su mano y se sentaron, el capitan-bajá á su derecha, los otros seis á su izquierda; los ministros de Estado y sus secretarios se mantuvieron en pié con los brazos cruzados sobre el pecho; detrás de los secretarios de Estado se colocaron los oficiales de la casa del gran visir, dispuestos á ejercer sus funciones. Los dulces y el café fueron servidos en vasos de oro, adornados con piedras preciosas. Terminada esta habitual colacion, los visires se levantaron y fueron á situarse enfrente del sofá; el embajador se sentó junto al gran visir, su acompañamiento se retiró, y celebró entonces con este último una conferencia de media hora, en la que Damad-Ibrahim se lamentó altamente de que el embajador no habia traído mas que una carta del schah para el sultan, y de que el primer ministro de Persia no le habia escrito.

Al fin de la audiencia, el gran visir mandó servir sorbetes y distribuir perfumes, hizo revestir á Mohammed-Khan con una pelliza de marta forrada de carmesí, y dió á todos los persas de su séquito ricos caftanes y caballos cubiertos con magníficas mantillas, bordadas con perlas y záfros.

## XVII

Pero las prosperidades de este Salomon del Bósforo eran péfidas. El czar Pedro el Grande habia muerto, dejando el imperio á Catalina, su pensamiento político á Mentschikoff, su ambicion á la patria, la Persia, medio desmembrada, á sus generales. Pero un grande hombre, tan feroz y aun mas belicoso que Pedro de Rusia acababa de aparecer en Persia y de reunir en una sola mano el haz desatado de esta monarquía.

Tracemos con algunas pinceladas la figura de este conquistador, en quien el alma y el genio de Timur parecian haber pasado de Samarcanda á Ispahan.

## XVIII

Su vida, escrita sobre el terreno por Mirza-Medhy, historiógrafo suyo, y por un inglés, residente en los campamentos, deja pocas dudas acerca de su carácter.